

Crónicas de un gastrónomo

MESAS RESERVADAS, DE ERIC KRAFT

MARIANO ANTOJIN RATO

EL AROMA es inequívocamente americano —como en el eslogan—, pero el sabor remite de inmediato a un sabroso plato centroeuropeo. Y estas referencias, la olfativa y la gustativa, no son únicamente metafóricas. Corresponden, y del modo más adecuado, al contenido de *Mesas reservadas*, una novela de Eric Kraft, escritor norteamericano de media edad —a juzgar por la foto que se incluye en la solapa del libro—, del que hasta ahora lo desconocía todo. Me alegro de que ya no sea así. Y aconsejo a los lectores que hagan lo mismo y no duden en sumirse en las páginas de su novela. La saborearán y les dejará un regusto de literatura clásica del siglo XX.

Entre otras muchas cosas, *Mesas reservadas*, recoge las crónicas gastronómicas —“Las epicúreas aventuras de B. W. Beath en el centro del universo”, se llaman en el libro—, de un bostoniano que ronda los cincuenta años y responde al nombre de Matthew Barber. El autor de esas reseñas, que publica el *Boston Quincenal*, pretende que el lector de ellas diga: Qué asco de restaurante, pero qué crítica tan aguda, tan ingeniosa, tan provocativa (página 36). Y la verdad es que las siete piezas que se incluyen merecen esos adjetivos.

Alrededor de ellas, en contrapunto con ellas, oponiéndose a lo que esas críticas gastronómicas cuentan, está el mencionado Mr. Barber, cuyo *alter-ego* es su autor, B. W. Beath. Mr. Barber trabaja en una empresa que fabrica juguetes, tiene una amante con una hija quinceañera que le hace perder la cabeza, una ex mujer que no le soporta, unos amigos bastante pesados, y un modo de contemplar el mundo y las personas que lo habitan que remite a un mirar autoconsciente, reflexivo, culpable, azarado, que me recuerda el de ciertos autores centroeuropeos —y Musil aparece citado como uno de los encabezamientos del texto.

Sin embargo, Matthew Barber nunca —bueno, casi nunca—, se declara vencido. Gracias a su *alter-ego*, a B. W., a ratos consigue fabricarse una existencia ficticia medianamente soportable. En los restaurantes, en los ascensores, en el portal de su casa, atisba a los demás. Imagina cómo se

rán sus vidas y se plantea en todo momento el mejor modo de abordarlos. Intenta ligues, fantasea profesiones —llega a afirmar que es diseñador de juegos electrónicos—, sucumbe ante mujeres guapas que no reparan en su presencia. En fin, lleva una vida bastante miserable de la que sólo escapa gracias a sus visitas a restaurantes donde triunfa como seudónimo y sufre en carne propia desdenes y desatenciones. Los propios de unos ciudadanos norteamericanos que, en este final de siglo, sobreviven con un autismo pretendidamente elegante y efectivamente hortera.

Con todo, las situaciones a

las que queda expuesto este personaje en ocasiones resultan reiterativas y demasiado subrayadas. Hay un momento hacia la mitad de la novela, en que esta decae —por mucho que la escena morbosa en que intervienen su amante y su ex mujer consiga lo que se propone. Pero pronto recupera el ritmo. Y el final, con la intervención del autor de las pintadas, después de una escena particularmente penosa, está perfectamente resuelto. Como, por otra parte, el libro entero en general, aunque en las últimas páginas uno se alegre de encontrarse en ellas, y que la historia no se prolongue más.

El traductor parece ignorar que Bombay es una marca de ginebra, y *Dial M for Murder* una película de Hitchcock que en España se tituló *Crimen perfecto* —con lo que se pierde una de las muchas buenas ocurrencias del autor—, pero consigue que el libro se lea con facilidad.

Mesas reservadas

Eric Kraft

Traducción: J.L. Fernández

Editorial: Destino

Barcelona, 1991

392 páginas. 2.700 pesetas.



Eric Kraft, autor de 'Mesas reservadas'